

El joven Marías cumple cuarenta años de oficio

Ángeles Aguilera

CON *LOS ENAMORAMIENTOS* (ALFAGUARA), JAVIER MARÍAS REGRESA POR LA PUERTA GRANDE A LA ACTUALIDAD LITERARIA. EN ESTA CONVERSACIÓN REVELA LAS CLAVES DE UNA OBRA QUE REFLEXIONA SOBRE EL CARÁCTER DESTRUCTOR DE NUESTROS DESEOS.

Cuenta Javier Marías que terminar y cerrar la trilogía de *Tu rostro mañana* le dejó tan exhausto que llegó a plantearse si tenía algo más que decir en el campo de la novela. La publicación ahora de *Los enamoramientos* (Alfaguara) y el enorme éxito de crítica y ventas de la obra a los pocos días de su publicación demuestran lo equivocado que estaba.

Juan Benet le llamaba el joven Marías para distinguirlo de su famoso padre, el filósofo Julián Marías. Sobre Javier se tienen algunas certezas como que es tímido, coqueto, culto, soberbio, fumador y madridista hasta la médula. Coincide la publicación de *Los enamoramientos* con la celebración de sus cuarenta años de oficio. Un tiempo que a pesar de haberle dado solvencia narrativa, premios prestigiosísimos, una plaza de académico de la lengua y reconocimiento como una de las voces más importantes de la narrativa española en el mundo, no le ha librado de la sensación de inseguridad y zozobra que le provoca cada nuevo lanzamiento. Compartimos con el autor las semanas previas a la distribución en librerías de la novela y todo son dudas; sobre si hacer mucha o poca promoción, sobre la conveniencia de asistir a algunos eventos literarios que le reclaman, sobre el trabajo añadido de exposición mediática que le propone su editorial y la pereza que le acosa. Al final, se pacta un acuerdo de mínimos y

Javier Marías se somete con profesionalidad y elegancia a ser el altavoz de su propio trabajo. Es, claramente, la parte mercantil del oficio que más le desagrada. Como observador de lo que hacen otros de su gremio, le parece que los autores ahora –por contentar a los medios– se dedican demasiado a contar tanto los argumentos de las novelas que no está seguro de hasta qué punto este exceso no acabe disuadiendo al posible lector. Los responsables de la promoción en su editorial se apresuran naturalmente a negarle el argumento. Pero él insiste en que termina aburriéndose incluso de escucharse a sí mismo relatando una y otra vez la misma historia.

Es Javier Marías (Madrid, 1951) un escritor peculiar. Atento como pocos a los temas de su tiempo, que comenta vivamente desde hace años en sus columnas de prensa, vive sin embargo un retiro voluntario de la tecnología: no usa internet, manda y recibe faxes en lugar de mails y sigue escribiendo a máquina eléctrica en un empeño tozudo de resistencia al ordenador. No importa que cada vez le resulte más complicado encontrar suministro de cintas, teclas de repuesto o la máquina misma con la que escribe y cuyo modelo no está dispuesto a cambiar. Pero que nadie se confíe porque todo lo que se cuenta de él en la red –que es muchísimo, no hay más que teclear su nombre en cualquier buscador– le acaba llegando de forma inmediata, a pesar de la displicencia con la que dice no estar al tanto de lo que pasa en ese mundillo virtual. Es poco amigo de frecuentar círculos literarios, ni fiestas de sociedad, ni siquiera la amistad muy constante de otros escritores contemporáneos, actitud que justifica porque eso le permite seguir siendo libre para escribir y decir lo que piensa. En más de una ocasión ha comentado que escribe porque no le gusta madrugar, también porque no quiere deberle nada a nadie y porque no se le ocurre otra cosa que sepa hacer, a estas alturas de su vida. Pero naturalmente, esto no es del todo cierto. Marías es considerado de forma indiscutible como uno de los grandes novelistas contemporáneos, además ser de los escritores españoles más conocidos internacionalmente. Sus obras se publican en cuarenta lenguas y en cincuenta países del mundo. En total se calcula que a lo largo de su carrera ha vendido más de seis millones de libros. Esta larga trayectoria empezó cuando apenas tenía diecinueve años con la

publicación de *Los dominos del lobo*, una novela que la editorial Alfaguara vuelve a recuperar ahora coincidiendo con la salida de la novedad. Siguiéron luego *El monarca del tiempo*, *El siglo*, *El hombre sentimental* (Premio Ennio Flaiano), *Todas las almas* (Premio Ciudad de Brcelona), *Corazón tan blanco* (Premio de la crítica, Prix l'Oeil et la Lettre, IMPAC Dublin Literary Award), *Mañana en la batalla piensa en mí* (Premio Fastenrath, Premio Rómulo Gallegos, Prix Femina Étranger, Premio Mondelo di Palermo), *Negra espalda del tiempo*, y los tres volúmenes de *Tu rostro mañana*. Además de novelas, su dedicación en exclusiva le ha llevado a publicar varios libros de relatos, semblanzas, ensayos y colecciones de artículos. Lo que es indiscutible es que ha conseguido escribir con un estilo propio y creando un mundo por el que ya le comparan con los grandes nombres de la literatura, desde Nabokov a Faulkner pasando por su adorado Shakespeare, al que, por cierto, homenaja una vez más de forma muy explícita en su última novela, como ya hizo antes en otras obras con los autores citados. El secreto de escribir para llegar a tantos públicos diferentes quizás radica en tratar temas de toda la vida (el amor, la muerte, la traición, el desconocimiento de los seres más próximos...), con una aparente sencillez narrativa, pero escondiendo una enorme sofisticación estilística, sólo apta para los grandes, y en una manera de contar obsesiva y minuciosa donde ningún detalle se deja al azar. Antes de dedicarse por entero a la literatura fue profesor en la Universidad de Oxford y en la Complutense de Madrid. Ejerció de traductor jurado internacional y también de traductor literario. Su trabajo en este campo con la novela *Tristram Shandy* le valió el Premio Nacional de Traducción en el año 1979. También fue asesor editorial en Alfaguara. Pero eso fue sólo al principio de su fructífera carrera literaria. Cuando no escribe, lee y ejerce de editor vocacional. Un pequeño lujo que se permite a sí mismo como rescatador de obras descatalogadas –o muy mal traducidas– del panorama literario internacional y que comercializa en pequeñas tiradas a través de su sello Reino de Redonda, una aventura que va mucho más allá de la simple afición bibliófila. Claro que ahora de lo que se trata es de saber más cosas de su última novela.

– *Después del proyecto complejo y largo de la trilogía Tu rostro mañana ¿cómo surgió escribir Los enamoramientos, una novela tan distinta, en todos los sentidos, de su anterior trabajo?*

– Al terminar las mil seiscientas páginas de *Tu rostro mañana* y de haber convivido con ese proyecto durante casi nueve años, dudé seriamente que volviera a escribir otra novela. Así que *Los enamoramientos* la empecé con mucha modestia y con cierta desconfianza, por no decir escepticismo. ¿Tengo algo más que añadir, en el campo de la novela?, me preguntaba. Luego, poco a poco, descubre uno que sí, que siempre hay asuntos que uno nunca ha tratado, historias nuevas que se han ido condensando en su imaginación y que cristalizan en la escritura. ‘Quizá no me había agotado del todo’, pienso con esperanza. Pero es verdad que antes de entregarla a la editorial, hasta que no la leyeron algunas amigas y me animaron diciéndome que estaba bien, yo mismo no tenía claro si merecía la pena ser publicada. No era pose, simplemente dudas sinceras.

– *La novela trata del estado de enamoramiento, pero también sobre la impunidad de un crimen, el miedo a lo desconocido, el cambio de vida que provoca una muerte repentina y también sobre otros subtemas, igualmente importantes en la trama. ¿Cómo la define su autor?*

– Se trata efectivamente de una historia sencilla y de una novela bastante menos sencilla, por no decir compleja, aunque mucho menos que *Tu rostro mañana*. Como el título indica habla del estado de enamoramiento, considerado casi universalmente como algo positivo e incluso «redentor». Y suele ser así. Permite hacer cosas nobles, desinteresadas y de enorme generosidad y sacrificio. Lo que no se tiene muy presente es que también permite las mayores ruindades. Por su estado de enamoramiento una persona generosa puede ser mezquina y alguien normal puede convertirse en un criminal. El amor parece justificarlo todo, lo bueno y lo malo. Es algo que ennoblece, pero se olvida que también envilece. Es difícil castigar a alguien si se está enamorado de él.

– *La voz narradora y principal protagonista es una mujer, Maria Dolz, editora, observadora perspicaz que se fija por casualidad en una pareja de apariencia feliz, que cada día desayuna en la misma cafetería que ella, antes de entrar a trabajar, hasta que*

un día descubre que el marido de esa pareja ha sido asesinado en extrañas circunstancias. Ella atiende a su voz, pero también a un diálogo muy interesante de voces imaginarias, conjeturas y pensamientos especulativos. ¿Ha sido un desafío asumir este rol? ¿Le ha costado mucho meterse en la voz narradora de una mujer?

– No mucho. Esa narradora, María Dolz, no es muy diferente de mis narradores masculinos anteriores, aunque se trate de una mujer a todos los efectos, y además de una mujer «estúpida y calladamente enamorada», como creo que dice ella misma en la novela. Entre los hombres y las mujeres hay muchas diferencias, pero las mayores no residen en la forma de pensar, ni en la de contar. Y eso es lo que principalmente hace una narradora. Así que no lo he vivido como un desafío. Y, además, llevo toda una vida observando a muchas mujeres de diversas edades, oyéndolas expresarse y manifestarse; uno ha ido teniendo novias y amigas. Entre la observación y la imaginación tenía ya hecha buena parte del camino.

– *El otro gran protagonista de la novela es un hombre, Javier Díaz-Varela, del que conocemos muchas cosas, pero del que quedan otros muchos detalles personales sin descubrir. Por ejemplo, no sabemos a qué se dedica o de dónde viene su fortuna y su amistad con el matrimonio protagonista.*

– Eso es así con toda la intención. Algunas de las críticas que me han hecho de novelas anteriores me acusaban de no querer demasiado a las mujeres por no dar demasiados detalles de mis personajes femeninos. Incluso me reprochaban que no incluyera datos más personales, como su profesión, por ejemplo. Creo que de los personajes se deben contar los detalles que resulten relevantes para la trama. En este caso, como la narradora es mujer, se saben muchas cosas de su trabajo, de su vida... pero son cosas que cuenta ella y tampoco siempre se cuenta la verdad. Sin embargo a Díaz-Varela no he puesto más datos de los que necesitaba saber el lector. Su trabajo aquí no tenía importancia, como en otras ocasiones ya digo, he obviado en personajes femeninos de mis novelas anteriores.

– *Dice usted que su novela le ha quedado algo pesimista. Parece que los personajes se enamoran de la gente equivocada. ¿Es así porque en el tema de los sentimientos el destino nos juega muy malas pasadas?*

– En el amor yo no creo mucho en el destino. Más bien es una cuestión de azar, de quién queda libre o está disponible. Muy pocas veces las parejas se hacen con quien se ha escogido de forma muy meditada (excepto, claro, en los primeros amores, muy de adolescencia). Luego, a lo largo de la vida, se trata más bien de simple elección por eliminación. Como se dice en la novela, «es como una rifa al final del verano». Se escoge lo que va quedando, personas que están libres o han quedado libres sin más. Lo que nos pasa es que tendemos a creer que hemos escogido, que hay un elemento racional de voluntad. Y no es así. Una de las ideas que cuenta también la novela es que en el fondo, todos somos sustitutos de alguien que estuvo antes que nosotros, aunque nadie está dispuesto a aceptarlo.

– *También hay una reflexión de la muerte y de la desaparición de personas que, a pesar de haber sido muy importantes y queridas en vida, acaban siendo sustituidas por otras en muchos sentidos. Un tema que ya tocaba algo en Tu rostro mañana.*

– En la novela he querido contar la inconveniencia de que los muertos pudieran regresar, por mucho que se les haya llorado. Uno puede querer mucho a un padre o a una pareja y sentir mucho su muerte, pero a pesar del dolor insoportable del principio, las cosas se van recolocando y si volvieran a aparecer, su presencia sería un incordio para todo el mundo. Se reparten las herencias, se venden las casas, se llena su hueco afectivo con otras personas. En definitiva, la vida vuelve a vivirse sin esa persona y no sabríamos qué hacer con ella si regresara. Sin ninguna duda, esa vuelta imposible nos distorsionaría muchísimo.

– *Hay mucho homenaje literario en Los enamoramientos, empezando por el título. Como en muchas de sus obras anteriores, es una novela muy Shakespiriana, pero también hay referencias explícitas al Dumas de Los tres mosqueteros y toda una recuperación literaria de una pequeña novela de Balzac, El coronel Chabert que sale muy mencionada.*

– Esas dos novelas son un ejemplo de algo que no se da en la vida pero que aparecen en esos relatos: que los muertos vuelvan y resuciten. Sucede en un personaje de *Los tres mosqueteros*, que sale una muerta que resultó no estar muerta, y en la novela de Balzac, donde el protagonista regresa cuando se le creía muerto hacía

ya mucho tiempo. *El coronel Chabert* es ciertamente una obra difícil de encontrar, así que he decidido publicarla yo mismo en Reino de Redonda (mi pequeña editorial) con una nueva traducción. Simplemente por si algún lector de *Los enamoramientos* se siente con curiosidad de buscarla, por las referencias que se le hacen a ella en la novela.

– *¿Y sobre el título?*

– Yo ya había puesto cuatro o cinco títulos de Shakespeare y en este caso no es tan explícito. Siempre es delicado porque los títulos cortos suelen existir ya en otras obras. Lo pensé, con artículo siempre, porque *Enamoramientos* sería espantoso, y muy cursi. Pero en este caso usé internet para asegurarme de que *Los enamoramientos* no existía en ninguna otra novela y así se quedó.

– *En la primera página de la novela ya nos encontramos con un muerto, que seguirá ahí acompañando al lector, dándole una gran dosis de intriga e indagación a toda la novela. Esta muerte sin resolver le sirve para introducir otro de los grandes temas que le preocupa: la impunidad de algunos hechos delictivos.*

– La impunidad es uno de los asuntos que más me irrita. Desgraciadamente la sociedad tiende cada vez a ser más tolerante en este tema, a dejar pasar las cosas sin que se resuelvan. Tiene que ver con los políticos que vemos, muy mediocres y nada respetables, y sus corrupciones, que no hacen nada para investigar y resolver las cosas. Pero también tiene que ver con desfalcos masivos, con crímenes que nunca se aclaran. Y no nos sorprende nada. Eso me subleva. Ya durante la Transición se veía que a nadie se le iba a pedir cuentas por sus actuaciones durante la guerra y la terrible posguerra. En este sentido las cosas no han mejorado. Ahora mismo son más los crímenes desconocidos que los registrados; e infinitamente mayores los que han quedado impunes que los castigados. En este tema la novela se limita a contar las cosas, sin entrar en juicios valorativos.

– *La novela también me parece que tiene mucha socarronería. La protagonista es una editora que trabaja con los textos de los autores. Eso le da pie a describir con mucho humor el mundo de los escritores. ¿Hay mucho autor conocido en esas descripciones?*

– Eso es así porque efectivamente la narradora trabaja en una editorial y para que ganara en verosimilitud había que contar

cosas reales. Es normal que cuando alguien está permanentemente relacionado con escritores les pierde un poco el respeto, porque les ve como son, sin mitificaciones. Por eso tenían que aparecer repletos de mezquindades, a veces vanidosos, inseguros o llenos de rarezas. Hay algo de pitorreo en estas situaciones, sin duda. Los que aparecen son una mezcla de casos reales, de los que he tenido noticia, y de alguna invención.

– *Hay un autor obsesionado con ganar el Nobel, otro completamente tacaño, que apunta todos los gastos y quiere que todo se lo pague la editorial, y otro que se niega a usar el ordenador. La pobre editora sufre mucho porque dice que tienen que escanearle todos los textos. ¿Sigue usted escribiendo a máquina? ¿Tiene resistencia a usar el ordenador?*

– Es verdad que en ese personaje me retrato algo y lo hago como una pequeña broma. Sigo escribiendo a máquina electrónica todo lo que hago y en la editorial efectivamente me escanean los textos (de momento me lo permiten). No es una resistencia. Escribo así porque me gusta escribir sobre papel. Saco la hoja y corrijo sobre el texto, le añado comentarios a mano, señalo, corrijo y vuelvo a escribir una y otra vez hasta que me doy por satisfecho. No necesito correr más ni ganar tiempo, de hecho escribo para perderlo. El principal trastorno es para mí, que me voy quedando sin suministro de recambios, ni de máquinas de escribir. Tengo una en mi casa de Madrid y otra en Soria, pero con cada novela me cargo de media una máquina y no sé ya dónde buscarlas.

– *Se publica esta novela coincidiendo con sus cuarenta años de profesión y la editorial ha querido recuperar también su primera obra Los dominios del lobo. ¿Cómo valora esos cuarenta años de oficio en un tiempo tan fructífero profesionalmente hablando?*

– Bueno, veo que, como media, he publicado una novela cada tres años, lo cual no es demasiado, y habla de la calma con que me he tomado esta actividad. Obviamente, nunca he sido ansioso, ni me ha preocupado publicar mucho. Sólo he escrito una novela cuando tenía suficientes ganas y, por supuesto, cuando se me había ocurrido algo que me motivaba lo bastante. Mientras no se me ocurre nada, no escribo. Así que quizá lo que más une al que publicó en 1971 *Los dominios del lobo* y al que ahora publica *Los*

enamoramientos es que ni uno ni otro son muy «profesionales». Por lo demás, poco o nada tienen que ver. Lo peor del asunto es que yo creo que hace cuarenta años, con la irresponsabilidad de mis diecinueve años, me costaba mucho menos que ahora escribir una novela. Es un oficio muy grato, pero en un aspecto desagradado: no se gana en seguridad, da la impresión de que la experiencia y la veteranía no sirven de nada, al revés de lo que sucede en la mayoría de los oficios y actividades. Y pensar que, al parecer, y según dicen algunos, uno no lo hizo del todo mal en alguna novela anterior, no sirve de nada, desesperantemente, a la hora de acometer una nueva. A veces me pregunto por qué me he dedicado a esto, aunque haya sido intermitentemente, durante nada menos que cuarenta años. Si pienso en el futuro, creo que seguiré igual sin planificarme demasiado mi trabajo. Hay autores que tienen muy claro lo que van a escribir en los próximos años con ciclos novelísticos muy definidos en cuanto a temáticas e incluso títulos. Yo soy todo lo contrario. Si sigo escribiendo estará bien, pero si no lo hago, tampoco pasará nada.

– *Pero es usted un autor muy reconocido, sus obras se leen en todo el mundo y cuenta con millones de lectores ¿Qué cree que está aportando su literatura a ese público?*

– Sinceramente, no creo que la literatura resuelva nada, pero nos puede ayudar algo a hacernos preguntas. Yo suelo citar siempre a Faulkner quien dijo que la literatura hace lo que hace una cerilla cuando se la enciende en mitad de una noche oscura. La cerilla no ilumina, pero sirve para ver toda la oscuridad que hay alrededor, que es mucha. No me gusta la literatura con mensajes morales, la que tiene una tesis y usa la fábula para justificarla. No me interesa. Si consigo ser esa pequeña cerilla en la oscuridad, me daría por satisfecho.

– *A diferencia de sus artículos, que son directos, rápidos y llenos de actualidad, el lenguaje de sus novelas parece deliberadamente lento, reflexivo y de sintaxis escrupulosa. Muchas de las reflexiones de sus personajes son casi filosóficas. Usted ha vivido y crecido con la privilegiada sombra de su padre, el filósofo Julián Marías. ¿Hay mucha intención «filosófica» en sus novelas?*

– He leído filosofía, claro está, más con un padre filósofo. Pero en la actualidad no leo demasiado. No creo que mis novelas sean

«filosóficas». Creo que contienen, más bien, lo que llamo «pensamiento literario», que no es pensar sobre la literatura, claro, sino pensar literariamente sobre las cosas. Es un tipo de pensamiento diferente de cualquier otro. En mis novelas de ahora hay deliberadamente más reflexión que acción. De hecho, en *Los enamoramientos* la acción es más bien esquemática, se podría resumir en muy pocos hechos, pero lo que cuenta es el relato a través de los personajes.

– *Su nombre es uno de los que se mencionan últimamente en las quinielas anuales al Premio Nobel. ¿Qué siente cuando lo escucha?*

– No me preocupa nada, la verdad ©